

Crónica de derrota

El 12 de agosto de 1806, las últimas explosiones me encontraron desvanecido. Unas figuras sanguinarias me habían cercenado los brazos. Abandonado por mis tropas, las del General Beresford, una monja católica me socorrió. Dicen que arrodillada en el empedrado y con la ayuda de otra religiosa cohibió el sangrado de los muñones. El resto del cuerpo ardía en carne viva. Mujeres oscuras, feroces como leones apostados en los techos, nos habían bañado en aceite hirviendo. Lenta fue la recuperación de las llagas, en especial de las dos oquedades que ocupaban los hombros. La hermana Atanasia guió la huida del pequeño grupo hasta la Banda Oriental. Yo estaba en las peores condiciones y sólo recuerdo el sol y que era arrastrado, sobre una parrilla de palos, cruzando arboledas y varios riachos. El asentamiento tuvo lugar hacia el norte de la población conocida como Trinidad. Los más saludables levantaron la capilla y restauraron unas casuchas abandonadas en la campiña. Mi cuerpo fue otro. Afirmadas las cicatrices, la hermana Atanasia se encargó de instruirme en la lengua castellana, cuya alma tenía yo de mi madre. Al tomar práctica, hice el ejercicio de dictarle mis memorias. Ella se ponía a copiar y corregir después de haber trabajado durante todo un día en tareas diversas, desde el amasado del adobe junto a los hermanos albañiles hasta la administración de

los Santos Sacramentos. El Señor la había ungido como nuestra pastora y defensora. La proveyó de sabiduría inacabable. Pero cuando la persecución, nos vimos obligados a refugiarnos en el norte. De vuelta cargaron conmigo, esta vez en un cesto especial que se ataba al lomo del caballo. Igualmente, una avanzada al mando de un sargento Tropas nos alcanzó. También Atanasia luchó para repeler la emboscada nocturna y fue muerta en el arroyo Chuy. Debido a mi inutilidad, fui el único sobreviviente y tuve que ver a los hermanos pasar ante mí muertos, más de uno vejado. Nunca olvidaré el brazo desnudo de la hermana Atanasia, fuerte y rústico, pero como de alabastro, tal como ella nos había descrito el brazo de la Sibila de Cumas en la bóveda de la Capilla Sixtina. El dolor horrible de contemplar los cadáveres se tornó en luminoso día en medio de aquella noche, por la certidumbre de que ellos estaban abriendo entonces los ojos ante el Señor. Fui preso a la Colonia del Sacramento y poco después embarcado a Southampton para que nadie pudiera dar testimonio de tantos hechos que ahora comienzo a escribir con la pluma calzada entre los dientes.

Walter GIACOMELLI

La falda almidonada

Me habían puesto una falda clara de tablas almidonadas que cada vez que saltaba hacían el juego de los abanicos cerrándose sobre la propia intención de abrirse.

Los abanicos cuando se abren parece que van a escribir la palabra *siempre* en el aire, pero la esconden inmediatamente cuando se cierran. Las tablas de mi falda ni bien se extendían, se iban juntando y se cerraban, sonaban como las cartas al mezclarse. No tanto como un pájaro carpintero golpeando con su pico la corteza de un árbol de avellana, pero también como un pájaro carpintero que quisiera encontrar su gusano cuanto antes.

Me elevaba y caía sobre mis piernas de resorte para volver a oír la cascada del abanico, el ligero taladro del pájaro

combinado con ese olor riquísimo que después supe no era nada bueno. Yo prefería saltar, aunque inventaba que remontaba vuelo, que el viento me prefería.

También me habían puesto una blusa blanca con puntillas cosidas por unas monjas muertas, cuando estaban vivas. Pero alguien había dicho que murieron cosiendo, de una tos que no paraba de silbar, y yo siempre las imaginaba ahogándose sobre mi blusa terminada, con una palidez que ya venían pagando a cambio de quedarse a terminar trabajos atrasados.

De esa época recuerdo los caminos cruzados por las culebras de la siesta que amenazaban por mordernos a la noche, acabar con toda la familia, si no nos

encargábamos de llevarles moscas para su comida. Se decía que casi no tenían boca, pero muchas veces se abrían de una punta a la otra y mostraban sus dientes puntudos y verdes, cargados de veneno.

Por esos años la gente miraba más. Reunían las cabezas allá en lo alto para hablar de lo que veían. De los sapos aplastados, de las porciones chatas de tierra cocida por el sol, de la orilla del puente roto, del equilibrio imponente que hacían las montañas para sostener nuestras casas y no caer al mar, no caer ellas mismas, las montañas al agua, de la cola brillante de un auto negro tapado por el paredón del frente. Y que partió sin que nos diéramos cuenta.

Nora MARTÍNEZ

Érase una vez en Jianamota

Fue llegando al empalme de la ruta hacia Ticamura donde noté su ausencia. No me alarmé demasiado porque no era la primera vez que desaparecía, pero al pasar los días (y los kilómetros) comencé a alterarme. Al llegar a Jianamota (al pueblo, no al monte) fui a la comisaría. Grande fue mi sorpresa al pedir hablar con el comisario: era él. Me dijo que había estado en una misión secreta, infiltrándose en la organización sólo para poder capturararme. Me contó que cuando nos conocimos ella era una simple agente de tránsito en Cumachupeca (ícomo si hicieran falta muchos agentes de tránsito en ese pueblito de mala muerte!), y que le habían ofrecido un cargo de mayor jerarquía en otro lugar si conseguía desbaratar mi organización. Ni tiempo tuve de desenfundar mi pistola. Mi cabeza era el blanco de no menos de cinco escopetas en manos de un grupejo de policías de poca monta. No me resistí, recordando las enseñanzas de mi abuelo. Entregué mi pistola, las llaves de la camioneta y me dejé llevar a la celda.

Pude escuchar cómo él se comunicó con el jefe departamental de Muchipalo y pude intuir que éste lo enviaba a hablar con la jefatura de Chimauita. Pude ver cómo salía presuroso en su patrullero y cómo volvía luego de hacer una visita al condado de Funchina Viejo (lo noté al ver que traía una torta de jamón comprada en la vieja taberna del aquel pueblo).

Después de un par de días llegó el mismísimo superintendente de seguridad. No pude escuchar la conversación, pero claramente discutieron. Ella trató de explicarle la situación, pero aparentemente no hubo caso. La encerraron en mi misma celda. Aparentemente había un problema con su documentación que le impedía tomar posesión del cargo de comisario. Sin embargo, a la espera de que el problema se subsanara, decidió tomar igual el cargo. A los pocos días el juez dijo que mi arresto dejaba de ser legal, por lo que quedé en libertad. Subí a mi camioneta, crucé Jianamota por la calle principal, cargué gasolina y seguí derecho hasta conseguir hacer mi entrega, cinco días mas tarde de lo previsto.

Mariano QUINTERO

Ruidosas ruedan las ruedas del ferrocarril

Existen múltiples tratados sobre literatura infantil en los que se enseña cómo construir una literatura apta para los más pequeños. En ellos se presentan fórmulas que, por cierto, tienen una vida tan extensa como la de la escritura misma. Uno de estos libros, “Instrucciones para una buena poesía infantil”, señala que “es necesario utilizar una serie de expresiones de melancolía como fatal, devastador, gélida muerte cruel, infeliz destino, ojos llorosos, etc.” A continuación se aconseja: “que se construyan rimas, como, por ejemplo, vigor, flor; palpitación, conmoción; congójanos, abandonanos; enviar, paliar; fatigaba, intrigaba” y al final se debe “ponerlo todo por escrito en un papel” (Citado en Lerer, Seth: La magia de los libros infantiles, Barcelona, Ares y Mares, 2009, Página163).

Claramente esta es una lección aprendida por muchos poetas, aunque ellos y su público no siempre lo reconozcan. Veamos. Ricardo Arjona en Adiós melancolía canta: “Adiós melancolía, / gracias por la compañía / pero aquí ya no hay mas sitios para usted. / Adiós melancolía, / le agradezco la poesía. / Que entre versos hoy me deja confesarle a esta mujer. / Que me saqué la lotería cuando la vi. (...) Hoy cuelgo mis sueños en el piercing de tu ombligo. / Mientras la melancolía observa y es testigo. / Quiero estar seguro. / Un poco por ti, / un poco por mí, / un poco por celos.”

Por su parte, Andrés Calamaro en Flaca recita: “Entre no me olvides / me dejé

nuestros abrils olvidados / en el fondo del placard / del cuarto de invitados / eran tiempos dorados / de un pasado mejor. / Aunque casi me equivoco / y te digo poco a poco / no me mientas / no me digas la verdad / no te quedes callada / no levantes la voz / ni me pidas perdón / Aunque casi te confieso / que también he sido un perro compañero un perro ideal que aprendió a ladrar / y a volver al hogar / para poder comer. / Flaca no me claves / tus puñales /por la espalda / tan profundo / no me duelen / no me hacen mal.”

Ambos conocen las reglas, construyen buena poesía infantil. Sin embargo, existe una supuesta diferencia que se atribuye a los dos exponentes de la canción contemporánea, cuyas poéticas se suponen muy distanciadas. Entonces ¿por qué será que los fanáticos de Calamaro no se identifican con los de Arjona...? Y más aun, ¿por qué ninguno es niño? Es claro que el tipo de poesía que en general proponen se asemeja a la de los libros de “menor valor cultural”, y sus anécdotas son tan educativas como las líricas señaladas. No obstante, debe rescatarse al menos una línea del cantautor guatemalteco “Cómo encontrarle una pestaña a lo que nunca tuvo ojos.”. Porque la vanguardia debería ser así.

Mónica S. KIRCHHEIMER

Informe especial desde Durazno y Concepción.

Letras transportables

“¿Qué fantasías tiene con respecto a (cierta cosa)?”, le había dicho su psicóloga en distintas ocasiones en las que ella había manifestado algún deseo medio extraño que sin querer se imponía con cierta testarudez. “Es que si tuviera (tal cosa) entonces podría (tal otra)”, respondía tercamente. Ya sabía de memoria que las cosas solían defraudarla rápido pero igual, si yo tuviera, si yo tuviera, ay qué bueno que estaría.

Y entonces fue y se compró una laptop. Había fantaseado, claro que había fantaseado. Se había imaginado escribiendo en el medio de un parque, tirada en el piso, acostada en la cama, arriba de un colectivo, con las piernas cruzadas, boca abajo, colgando de un caño, debajo de la mesa incluso, y se imaginó también cómo eso iba a modificar su escritura que ahora sería más fluida, más libre, más fresca, gracias a que el espíritu de los nuevos lugares y posiciones infundiría vaya a saber qué en los textos. Cuando la abrió por primera vez, la investigó; se dijo que primero lo primero, así que permaneció sentada en una silla, con la espalda recta, como si estuviera comiendo pero mucho más rígida, como si estuviera... como si estuviera escribiendo. Cuando la abrió por quincuagésima vez empezó a probar con otros lugares de la casa: el sillón, el colchón, el balcón, el baño. Pronto supo que sentada en una silla, la máquina apoyada sobre la mesa, era la posición más cómoda, la que toleraba sin esfuerzo por más tiempo. Fue a los bares con la laptop a cuestas y se dio cuenta de que, además de llegar cansada -porque llevar una laptop es como andar con una bolsa del súper con una botella de dos litros llena adentro-, no se le ocurría nada especial. Tampoco el verde la inspiraba más que la pared de su cuarto porque, de hecho, si quería escribir tenía que mirar la pantalla, y la pantalla es igual aquí y allá. Probó escribiendo cien caracteres, parando, mirando los árboles (la gente del bar/los que pasaban caminando por la calle/los que viajaban en el subte) y vuelta otra vez a escribir, pero nada. Lo mismo de siempre.

Es como esos que se van a otro país -pensó ella- porque en este tienen muchos problemas y después se avivan de que anduvieron cargando la laptop con sus miles, millones, de documentos de Word en blanco de acá para allá... pero ni las cataratas del Niágara ni la Gran Vía le solucionan el inconveniente de tener que llenar la cuestión de palabras.

Y bueno, dijo al fin y al cabo, igual este fondo de escritorio loquísimo que vino predeterminado, estas teclas que son una seda, estas letras tan transportables, están buenísimos. Tiqui, tiqui, tiqui, y se puso a escribir cierta cosa.

Yanina BOUCHE

Cuentos seniles: Vacaciones, vamos a la luna⁽¹⁾

No es tan caro si hacés la cuenta por kilómetro, me dijo Graciela. A Villa Giardino en el Chevallier te sale tres pesos con diecisiete centavos. Multiplicalo por los 348.400 kilómetros que hay hasta la luna. Y eso si fuéramos en Chevallier. Graciela siempre busca destinos diferentes para las vacaciones. A veces me sorprende con sus elecciones.

La documentación es la misma que se necesita para ingresar a los Estados Unidos.

Cabo Cañaveral no es muy lindo pero sí o sí teníamos que pasar por ahí para abordar la nave. Graciela no quería ponerse el uniforme porque decía que tenía olor a humedad. Ella es así de delicada con las cosas que usan otras personas. Por eso no le gusta ir a jugar al bowling. Por no alquilar las zapatillas.

El chofer que nos tocó era bastante seco y hablaba, las pocas veces que lo hacía, en inglés, así que no le entendimos casi nada.

Nuestros compañeros de viaje, aparte del chofer y dos asistentes eran un matrimonio ruso y dos japoneses.

Completamos el trayecto de ida sin hacer ninguna parada. Ni bien salimos de la estratósfera el paisaje se hizo negro con puntitos celestes, que eran las estrellas.

La vista de la tierra desde el cielo vale la pena, pero la luna no. Está

vacía, no tiene ninguna construcción, ni vistas impactantes, ni lugares de interés turístico, ni tiendas de recuerdos, por supuesto. Es como mirar de cerca una pared mal revocada blanqueada a la cal. El asunto de la falta de gravedad en la nave es gracioso por un rato y después resulta insoportable.

La comida es mala. Son píldoras no muy grandes que se ponen en la boca y terminan con las ganas de comer. Graciela lo anotó en la encuesta de satisfacción que nos dieron a la salida. Cualquier paseo con un buen catering mejora sustancialmente.

Casi llegando a la luna el ruso se quejó de que no le funcionaba la banda ancha de la computadora portátil ni tenía señal para mandar mensajes de texto desde el celular.

Los japoneses estaban amargados porque no les permitieron sacar fotos ni filmar.

Yo me acomodé contra un tablero repleto de luces y dormí casi todo el viaje de vuelta.

(1) Fly me to the moon

Roberto GÁRRIZ

Omega 3

Te extrañaba Marianela; cuando quería olvidar que estaba solo, cuando despertaba con otra en la cama, cuando paseaba y sacaba fotos de algunas de las tantas esculturas y plazas y catedrales y remolinos de gente, palomas y góndolas, no podía olvidar que no estabas. Y así cada placer, cada cosa, era tu ausencia. No estaba en Venecia, estaba en una alegoría creada por tu ausencia.

Marianela lo interrumpió y, de manera ofensiva, le preguntó si era Charles Aznavour. Estaba sentada en el marco de la ventana, recortada como una imagen traslúcida y era una silueta dibujada por el sol. El vestido de lino había resbalado por el muslo y la pierna levantada formaba un triángulo.

Estaba harta de nuestros viajes... de tus viajes, porque nunca me consultabas. Me presentabas los hechos consumados, los pasajes sobre la mesa, las tarjetas de crédito, los pasaportes (porque ya habías verificado que el mío no estuviera vencido). Sólo te faltaba envolverme en un vestido y llevarme hasta el aeropuerto. Ya en el avión me preguntabas si estaba contenta. Me preguntabas, es una forma de hablar. Afirmabas que estaba contenta porque a qué mujer no le gusta ir a Venecia.

No quise ofenderla, no quise decirle que aquella mujer que había conocido, aquella mujer que tenía el placer de la cama y de la comida, se había reducido a una máquina de contar calorías –hasta las que se consumían en un acto sexual -. Ya no tenía gustos y se sentaba en la mesa como una obligación médica.

Comeré tal cosa que tiene tantas calorías, tal otra antes me gustaba, pero prefiero evitarla y tomar una copa.

Y colmó mi paciencia cuando al mirar, con la atención vigilante que había adoptado, aquel salmón en mi plato y ver el placer con que lo comía, me dijo con un tono de aprobación: seguí con el salmón, es lo único sano de todo lo que te veo comer. Tiene omega 3.

No era la primera vez que me hacía ese tipo de comentario cuando estábamos comiendo. Pizza no, carne roja levanta el colesterol, cualquier fritura es nociva y ha perdido sus valores alimenticios. Y los naturistas y la longevidad.

Al principio me resistía, le replicaba que la promesa de inmortalidad de la medicina era marketing y que tampoco me interesaba hacer durar el tiempo en cualquier condición: después opté por callarme, cambiar de tema, mirar la ventana.

Ahora, desde hace un tiempo, viajo y busco la compañía de mujeres que tengan el placer de la mesa. Ya poco me importa lo otro, con el culto al cuerpo que supone y los detalles que lo sostienen.

Sí Marianela, el yogurt tiene muchas propiedades y pocas calorías.

Cuando en alguna otra ciudad algo me gusta no puedo dejar de pensar que es una lástima que Marianela no esté y esa ausencia convierte al instante presente en una alegoría.

Germán GARCÍA

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

La política de los espías

Suele imaginarse que el relato de espías es una forma del relato policial. La confusión parece asentada en el hecho de que la investigación es un motivo recurrente en ambos géneros. Sin embargo, el fin de la investigación no podría ser más disímil. En efecto, la novela policial busca reparar una herida infligida al tejido social por particulares y la investigación encuentra su sentido en esa reparación. Así, la solución al enigma del crimen en la novela policial resuelve el relato.

El espía, en cambio, es un personaje que fatalmente se mueve por encima (o por debajo) de la ley y sus maquinaciones (y las de sus enemigos) toman sólo aparentemente la forma de un crimen en el sentido que lo entiende la novela policial. Por decirlo de otro modo: mientras que el crimen es el objeto de la novela policial, en la novela de espionaje es sólo un síntoma de un combate entre facciones propiamente políticas (como otros estados). Así, la investigación es sólo el comienzo de una lucha que tiende a resolverse en un espacio ajeno a la dinámica del crimen (y por eso la estafa, la extorsión y el asesinato son herramientas que el género usa sin culpa para resolver la trama). En este sentido, la lógica última de la novela de espionaje es el desvelamiento de los mecanismos por los cuales los estados racionalizan el monopolio de la violencia que los constituye, y que suele tomar la forma del derecho. La historia de espías muestra cómo el poder del estado preexiste a la ley y no se confunde (como se confunde en el policial) con ella.

En el fondo se trata de una versión desencantada del universo de la política. Ese desencanto toma la forma un relato siempre al borde de la disolución. Disolución estructural (que

Y sin embargo, algunas películas recientes sobre el mundo del espionaje sorprenden por la absoluta incapacidad de sus protagonistas para ordenar los hechos y, en el límite, la propia identidad.

puede registrarse en la articulación incómoda entre relato policial y novela de aventuras), disolución del universo temático (en la heterogeneidad de sus referencias: entre espacios sociales, geográficos, culturales), disolución de los rasgos caracterológicos (todo personaje puede ser un traidor y la traición siempre cuesta la vida en el relato de espías). En esta variedad virtualmente infinita de escenarios, personajes y estructuras el protagonista es el eje que ordena la trama porque es el único componente homogéneo (en sus principios, en su capacidad) en todo el tejido narrativo.

Y sin embargo, algunas películas recientes sobre el mundo del espionaje sorprenden por la absoluta incapacidad de sus protagonistas para ordenar los hechos y, en el límite, la propia identidad. Si en la trilogía de *Bourne*, el pobre Jason no sabe quién es, en *El escritor oculto* nuestro héroe, sin ser un traidor, sirve a los fines del enemigo y en *Encuentro explosivo* directamente el foco del espía se torna reversible con respecto al foco de la muchacha en peligro a la que el personaje de Tom Cruise pretende ayudar. En ese horizonte, las tramas de estos relatos tienden a la proliferación y la autorreferencia, como prueba el final de *El escritor oculto*, en el que la muerte del héroe no sólo sucede fuera de campo sino que sucede en el espacio asignado al espectador.

Esos cambios en la estructura y los temas del relato de espías sugieren que el orden político que garantizaba la ética del héroe se ha tornado opaco. Y que en consecuencia la historia de espías ha mutado de especulación sobre política en especulación sobre las posibilidades de su representación.

Ezequiel DE ROSSO

Ejercicio hamletiano

Decía hace unos pocos días que la página en blanco es la manifestación más cabal de la ausencia. Es el vacío pleno que genera la necesidad de elegir con qué llenarlo para mitigar la angustia. Ese llenado, sin embargo, no implica tampoco alcanzar la totalidad, sino más bien una selección dentro del paradigma de posibilidades del decir por escrito. Como sostenía Saussure, un signo es en tanto no es los otros signos, éste significa por su diferencia con los otros ausentes, “diferidos” dirá luego Derrida.

Lo que me pregunto es qué es aquello ausente que debe seguir así, difiriendo su presencia, y qué tiene que aparecer en la página porque puede/quiere/debe ser dicho para marcar la diferencia.

Escribir es correr el riesgo de hacer aparecer aquello que pensábamos que tenía una dimensión mucho más importante de lo que en verdad tiene al pasar a la tinta, algo así como la degradación de la idea platónica que tampoco sabemos muy bien cómo es, pero que consideramos completa y perfecta. O tal vez escribir es darle cuerpo a nuestra voz, inscribir el yo en la sincronía de la otras voces para establecer con ellas un diálogo de pares. Escribir es fijar posiciones, abrir posibilidades, hacer escuchar. Todo esto es escribir. Y también todo lo que aún no pude escribir.

Vanesa PAFUNDO